



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



5 de julio de 1890



Núm. 140



➤ Los niños de la Gran Bretaña ◀



CON EL BEBÉ



## UN RATO DE CHARLA

ESTÁ de turno la *igenie*.

Todo el mundo se deshace siempre en elogios de esta apreciable señora, pero suele suceder que no se le manda llamar hasta que el caso no tiene ya remedio.

Es el cuento del balcón que carecía de baranda y que sólo la tuvo cuando se hubieron caído por él dos ó tres sujetos.

¡Ay Dios, cómo deben estar esos Rugates y Benigásimes! ¡Cómo deben estar si á juzgar vamos por cómo están las grandes capitales!

Yo no negaré que haya *Higiene* (con mayúscula); sí, señor, y hasta creo que se examinan de ella, ó á lo menos se examinaban, los chicos de segunda enseñanza. Hay *Higiene*, y en prueba de ello que es una *asignatura* y andan por ahí multitud de tratados, copiosos á cual más, sobre la expresada materia. Pero ¿qué importa que haya *libros* si faltan *hechos*?

Además de que, desengañémonos, con los hábitos del pueblo español la higiene es imposible. Este pueblo no tiene otro ideal que los toros, y para allegar el dinero para ir á la corrida (¡y cuántas millonadas no se gastan en toreamientos!) se empeña todo lo higiénico de la casa, camisas y colchones inclusive, y se come cualquier porquería. En cambio, en Inglaterra, Holanda, Bélgica y Alemania, donde la gente tiene otros hábitos, raramente se oye hablar del cólera.

Tenemos además los famosos ayuntamientos españoles, que así cuidan de la salubridad como yo de lo que le puede pasar al Shah de Persia. Alguna vez salen los periódicos con denuncias, pero es raro se les haga caso.

Alguna vez también se mandan muestras al laboratorio municipal, pero resulta siempre que la sospecha del vil consumidor era infundada y que el buen tabernero ó lonjista daban un género, ó artículo, ó participio, que todavía no he sabido diferenciar eso, de superior calidad.

En esta parte podemos darles una lección á los *caboulots* y *mas-troquets* parisienses, que resultan unos falsificadores de primera. Y, en efecto, durante el año pasado el laboratorio municipal de *Villa Luz*, como traducía no hace mucho un reputado periódico,





### DIVERSOS JUEGOS INGLESES

1. La gallina ciega.—2. Juegos con bolas.—3. Pelota que se juega con los pies (Foball).—4. Pesca.—5. Raqueta.—6. Columpio

(no el mismo reputado periódico que dijo que la Alpujarra estaba en Cataluña, sino otro), el laboratorio municipal de París, decía, encontró los siguientes resultados:

Entre 7107 muestras de vino sólo fueron declaradas buenas 2791.



Entre 3795 leches, fueron declaradas malas 403.

Entre 1183 muestras de especias, fueron declaradas malas 300.

Entre 167 juguetes, fueron declarados nocivos por su coloración la tercera parte.

Entre 215 objetos de batería de cocina, 97 contenían plomo.

Entre 244 papeles pintados, 155 contenían venenos.

Estos datos son terribles para una nación, pero no es fácil que podamos ruborizarnos en España por semejantes descubrimientos.

¡Cuánto bien no hace, por otra parte, un buen articulito de higiene en un periódico! Sobre todo si lleva al pie la firma de algún médico. Es una consulta gratis, bien escrita, aunque traducida por lo general, y que tranquiliza mucho, aunque á la hora de comer se encuentre uno con carne de matadero clandestino y con vino de Valdepeñas... amílico.

Hay que desengañarse: la grande higiene debería empezar por quitar los consumos, por matar las tabernas y las lonjas de ultramarinos fundando sociedades cooperativas (M. Julio Simon supone que este sistema equivale á un 25 por 100 de aumento de salario), y por construir casas baratas y buenas, que fuesen luego propiedad de los inquilinos. (Este milagro se ha realizado en fabulosa escala en Mulhouse, gracias á Mr. Juan Dollfus, fabricante.)

Lo demás es hablar por hablar. Mientras el pobre no tenga medios para mudarse de camisa, y le den gato por liebre, y deba vivir en casas de vecindad como las de Madrid y otras ciudades, ó en pocilgas como en los pueblecillos, habrá cólera, pulmonía, tifus, tisis y toda la caterva de enfermedades que se desarrollan por la mala alimentación y la mala habitación y la mala *retretación*.

Dejémonos de artículos y de comisiones de médicos á cincuenta duros, y esperémoslo todo de que se pueda vivir barato y en casas que no sean focos pestilenciales. Entretanto no hay más que conformarse, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





## LA CATARATA DEL NIAGARA

La celebridad de que goza en ambos continentes este maravilloso salto de agua que pone en comunicación dos lagos considerables, y sobre todo los detenidos estudios de que es objeto por parte de célebres eminencias, nos mueven á dar algunas noticias acerca de ella á nuestros estimados camaradas, seguros de que leerán con gusto los ligeros apuntes que trascribimos á continuación.

El Niágara es una inmensa catarata que conduce las aguas del lago Erié al lago Ontario, hacia la mitad de su longitud. Está atravesada por una barrera natural de rocas de cincuenta metros de elevación, donde las aguas se precipitan formando la inmensa cascada á que se ha dado el nombre de *Salto del Niágara*.

«Desde el lago Erié, — dice Chateaubriand, — hasta el salto, el río llega siempre inclinándose por una pendiente suave, y en el momento de la caída de las aguas aquello parece un mar, pues los torrentes se arremolinan al borde del abismo. Entre éstos avanza una isla que está pendiente con todos sus árboles sobre el caos de las ondas; y la masa del río, que se precipita hacia el mediodía, se redondea primero como un cilindro gigantesco, desarrollándose después cual un inmenso manto de nieve. La catarata que cae por levante es imponente y sombría: diríase que es una columna de agua del diluvio. Numerosos arcos iris se cruzan en el abismo. Al estrellarse las ondas contra las rocas, levántanse torbellinos de espuma como las llamaradas de un vasto incendio, y acaban de embellecer el paisaje numerosos pinos y nogales silvestres que se elevan entre rocas cortadas á pico, de fantásticas formas. Las águilas, dejándose llevar por la corriente del aire, bajan arrastradas como un torbellino hasta el fondo del abismo; y los *carcajus* se suspenden, por la cola, de las ramas más bajas de los árboles para coger los cadáveres destrozados de los cervatillos y de los osos.»

De las dos secciones de la catarata la una pertenece á los Estados Unidos y la otra al Canadá y tienen respectivamente 330 y 550 metros de extensión, calculándose en 200,000 hectólitros la cantidad de agua que vierten por segundo.

La isla que se enclava en medio ha recibido el nombre de *Isla de las Cabras*, y se han formado en ella andenes que se asemejan á los de un paseo, construyéndose además un puente que une dicha isla con una de las orillas, y



El papá y la niña



una escalera que conduce al pie de la catarata. De suerte que nada tan fácil como penetrar bajo la inmensa bóveda líquida, la cual tiene de 6 á 8 metros de espesor y parece una masa de cristal verdoso. El bajar á la bóveda es peligroso á causa de los frecuentes desprendimientos, y por eso el guía expide siempre una certificación al aficionado que tiene valor suficiente para visitar aquellas tenebrosas profundidades. Los bordes de la isla y las orillas del Niágara deben inspirar un justo temor, pues apenas pasa día sin que masas de rocas minadas por las aguas se desprendan y arrastren á su paso imprudentes *touristes*.

El retroceso lento, pero continuo, de la catarata del Niágara, producido por la acción de las aguas que desgastan y rebajan continuamente su álveo, es un hecho reconocido; pero las apreciaciones de los diversos geólogos varían mucho, pues mientras unos admiten que el borde de la catarata se retira un metro por año, otros, como Mr. Desor, calculan que no es sino un metro por siglo.

Como quiera que sea, el fenómeno de la retirada de la catarata del Niágara es más general de lo que parece, y esa excavación de su álveo por las aguas mismas que le ocupan, es la llave que explica muchos fenómenos en la historia de un gran número de ríos.

La meseta en la que se extiende el lago Erié se eleva sobre una llanura de aluvión que encierra rocas diluvianas y masas de enormes dimensiones. Esa meseta se corre hasta el lago Ontario, cuyo niveles 1,000 metros más bajo que el de Erié; pero la llanura no ha existido siempre, y la meseta del último de estos lagos ha debido, por el contrario, extenderse hasta el Ontario, en el cual se vertían en otros tiempos las aguas del otro sin caída alguna.

Esta conclusión resulta de lo que se observa todavía hoy. Hace varios siglos, hallábase la catarata situada frente á los terrenos de Lewistocrom; pero la acción erosiva de las aguas la había hecho retroceder ya 12,000 metros en 1818, y desde entonces ha ido retirándose insensiblemente sobre todo á consecuencia del hundimiento que ocurrió en 1828. Por lo demás, el hecho se explica naturalmente, pues componiéndose el terreno de capas de caliza y de pizarra y rocas muy deleznales, se desgastan fácilmente por el roce continuo de aquella inmensa masa de agua y las rocas se hunden al fin, bajo la presión de un peso tan enorme. Todo induce á creer que al cabo de un plazo más ó menos lejano la catarata del Niágara desaparecerá completamente, no quedando entre el Erié y el Ontario, sino una serie de *rápatos*.

Según Karl Ritter, así es como se han formado los *rápidos* ó raudales del Rhin y de otros ríos europeos, y los geólogos han demostrado que muchos de los valles que bañan esos ríos han sido en otro tiempo inmensos lagos que aparecen secos hoy. Tales son los valles del Rhin entre Basilea y Estrasburgo y entre Uhn y Bassan. La misma observación se puede hacer respecto al curso medio del Volga, del Ganges, de Eufrates etc. etc.

BENJAMÍN



## LA HUÉRFANA

**S**i dos hermanos han existido en el mundo que se amasen hasta el extremo, éstos eran Arturo y María.

El primero contaba nueve años y la segunda ocho.

Parecían dos rosas que, nacidas en un mismo tallo, se unen y besan continuamente, arrulladas por el suspirar de embalsamadas brisas.

Arturo era rubio como su hermana, mas por extraño capricho de la naturaleza formaban encantador contraste sus ojos negros con sus dorados cabellos.

En cambio su hermana tenía por pupilas dos pequeños espejos donde extasiado se contemplaba el azul cielo.

Los dos eran buenos, los dos se amaban, como he dicho, entrañablemente, y eran iguales sus caprichos y deseos.

Si Arturo lloraba, consolábale María, llorando á su vez y besando cariñosamente las sonrosadas mejillas de su querido hermanito.

Si era María la que lloraba, Arturo, conteniendo el llanto que pugnaba por asomar á sus bellísimos ojos, por aquello de que *los hombres* no deben llorar, le preguntaba la causa de su llanto, y, una vez averiguada ésta, ponía de su parte todo lo posible para evitar que aquellas inocentes lágrimas bañaran el rostro de su hermana.

Un día de primavera en que la Naturaleza parecía despertar sonriente del pasado sueño invernal, hallábanse los dos hermanos paseando alegres por el jardín de la preciosa quinta donde habitaban con sus queridos padres.

De pronto el timbre de la verja sonó, y á su avisador sonido volvieron los dos hermanos la cabeza.

Era una señora, á la cual acompañaba una muchacha vestida de negro, en cuyo rostro se pintaban todo lo más doce abriles.

María y Arturo corrieron á abrir por sí mismos, á tiempo que una criada salía á hacer lo propio.

—¿Está la mamá?—preguntó la señora cariñosamente á María.

—Mamá está arriba, D.<sup>a</sup> Leonor,—contestó la niña.

—Entonces avisadla que acabo de llegar.

—Pase V.,—dijo Arturo, que entre sus buenas cualidades contaba la de ser muy listo y cariñoso.



Mirando las estampas



Y, así diciendo, los dos hermanos corrieron hacia el interior de la quinta, gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡D.<sup>a</sup> Leonor está aquí!

A las voces de los muchachos apareció en la ventana del piso único de la casa una hermosa señora cubierta con blanco *matiné*.

Era la madre de los niños.

—¡D.<sup>a</sup> Leonor!—exclamó al ver á la recién llegada.—Suba V., amiga mía. ¿Por qué se detiene?

Y al decir esto, la madre de los niños, llamada María como su hija, desapareció de la ventana para ir al encuentro de su amiga.

Mientras ésta decía á la muchacha que la acompañaba:

—Quédate aquí, Ernestina, con esos niños.

La joven no dijo una palabra y se quedó sentada en un banco del jardín, mientras D.<sup>a</sup> Leonor penetraba en las habitaciones de la quinta.

—Parece que está triste esa muchachita,—dijo Arturo á su hermana.

—Verdad,—contestó ésta.

—¿Quieres que le preguntemos lo que tiene?

—¿Por qué no?

Los dos hermanos se acercaron á la que parecía ser criada de D.<sup>a</sup> Leonor. Pero al estar cerca de ella se detuvieron.

—Mira, María,—dijo Arturo á su hermana;—parece que llora.

—Sí, sí,—contestó la niña poniéndose seria.

—¡Pobrecita! Dios sabe si la habrá reñido D.<sup>a</sup> Leonor. Vamos á ver lo que le sucede.

Y Arturo, resuelto, se acercó á la muchacha, que, efectivamente, se hallaba llorando.

—¿Por qué lloras, amiguita?—le preguntó el niño, apartando con sus manecitas de nieve las ya robustas de la recién llegada, que con ellas se cubría el semblante, por el cual rodaban algunas lágrimas.

—Dinos lo que tienes, que si nosotros podemos procurarte algún bien, con gusto lo haremos,—agregó María.

La muchacha miró á los niños fijamente, y después, secando sus lágrimas, dijo:

—No tengo nada, señoritos.

—No nos digas señoritos,—contestó Arturo,—puesto que nosotros no mandamos contigo.

—Pero son Vds. ricos y...

Los dos hermanos se miraron.

No comprendían la razón que daba la muchacha.

Para ellos ¿qué diferencia podía haber entre el rico y el pobre?

—Mira: dinos por qué lloras y llámanos amiguitos,—añadió María acariciando con sus rosadas manos las blancas mejillas de la joven.—¿Te ha reñido D.<sup>a</sup> Leonor? Ella es buena y...



—No, no me ha reñido.

—Entonces, ¿es que estás triste?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Hace dos días que murió mi madre!

Y al decir esto volvió á derramar abundante llanto la pobre huérfana.

Arturo y María, aunque no podían comprender todo lo inmenso de la desgracia que aquejaba á la pobre niña, pues por suerte de ellos tenían padre y madre que les amaban como los padres tan sólo saben amar, por instinto adivinaron que lo de perder una madre debía ser muy grave mal, ya que tan desconsoladamente lloraba la que ellos se empeñaban en llamar amiga.

La muchacha serenóse algún tanto y prosiguió:

—Vds., señoritos, tienen mamá, y por lo tanto no pueden saber lo triste que es el perderla. ¡Quiera Dios que jamás lo sepan! Pero no deben Vds. estar así por mí: jueguen, que yo les veré jugar, y si de algo puedo servirles...

—Juega con nosotros,—dijo María.

Y los dos hermanos cogieron á la huérfana, uno por cada mano, y la llevaron á ver los palomos y las flores del invernadero.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó María.

—Ernestina, para servir á Vds.,—contestó ésta.

—Tienes razón: no me acordaba que, al entrar D.<sup>a</sup> Leonor, así te llamó. Pues bien, dinos: ¿te gustaría estar con nosotros?

—Así creo que sucederá, señoritos.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque la caritativa D.<sup>a</sup> Leonor, mi señora, ha venido á ver si se me quieren admitir de criada de Vds.

—¿De veras?

—Así me lo dijo antes de venir.

—Entonces, nosotros se lo diremos á mamá para que te admita.

En aquel momento D.<sup>a</sup> Leonor y la madre de los dos hermanitos aparecieron en el jardín.

—¡Ernestina!—dijo la primera.

La muchacha se acercó.

Arturo y María la siguieron.



Un inglesito



—Desde hoy quedas aquí al servicio de esta señora, que te encargará el cuidado de esos niños. Sé buena, y de ese modo hallarás aquí, si no todo el bien que has perdido con tu pobre madre, al menos notable consuelo.

—¡Qué alegría!—exclamaron dando saltos y palmadas de contento los dos hermanos.

—¿Y eso?—preguntóles la bondadosa madre.

—Nosotros ya nos habíamos hecho amigos y queríamos que se quedara.

—Pues vuestro gusto está satisfecho. Desde hoy Ernestina os acompañará á todas partes.

Doña Leonor se despidió y la huérfana quedó al servicio de los hijos de su nueva señora.

¿Quién era la pobre Ernestina?

Pronto vais á saberlo.

D.<sup>a</sup> Leonor había socorrido en cierta ocasión á una pobre que habitaba en la bohardilla de su casa.

Hallábase enferma la infeliz, é imploró el auxilio de la caritativa señora.

Esta, que tenía uno de esos corazones sensibles que no pueden sufrir la emoción del mal sin dictar el remedio, se apiadó de la infeliz y le prodigó toda clase de cuidados.

Pero jamás el bien puede llegar hasta donde llega la desgracia si ésta es tan pertinaz cual la de la pobre mujer.

Un día el estado de ésta adquirió tal gravedad que fué necesario conducirla al hospital.

D.<sup>a</sup> Leonor no cesó de visitarla en el santo asilo de los enfermos que carecen de recursos, y, á la hora de morir, la pobre se halló á su lado prodigándole cuantos consuelos pudo.

Pero la desesperación de la infeliz no era otra que el ver que dejaba en el mundo abandonada á su pobre hija Ernestina.

La caritativa señora le dijo que ella se encargaba de protegerla.

Y, efectivamente, cuando la pobre mujer murió besando con ternura las manos de su bienhechora, ésta recogió á la niña, y, no necesitándola para nada y no siendo conveniente acostumbrarla á la holgazanería en tan tierna edad, creyó necesario buscarle acomodo en casa de sus buenas amigas.

Así fué que, como hemos visto, se encaminó á la quinta de D.<sup>a</sup> María y contó á ésta la historia de la pobre huérfana.

Era necesario tener el corazón de acero para no conmoverse; y la madre de los hermosos niños, que lo tenía muy caritativo, no dudó un momento en aceptar, como ya hemos visto, á su servicio á Ernestina.

Esta, cariñosa en extremo, procuraba siempre tener contentos á sus señoritos.

Pero su rostro, así como pasaba el tiempo, iba adquiriendo ese color que no existió jamás entre los colores y que sólo vemos alguna vez en el rostro de un enfermo.



Pálida y ojerosa, parecía la flor que, marchitándose sobre su propio tallo, en vano trata el horticultor de cuidarla para que adquiriera su primitiva lozanía.

Ernestina iba poco á poco convirtiéndose en una vieja pequeñita.

Arturo y María trataban en vano de consolarla.

La muchachita sólo gozaba metiéndose en un rincón y llorando allí sola.

El día, antes de caer en el lecho, de donde no tenía que volverse á levantar, los dos hermanos la encontraron en el invernadero.

Ernestina estaba extasiada contemplando con lágrimas en los ojos una gran mariposa blanca que había logrado introducirse allí y que disfrutaba, sin duda, posada sobre una rosa amarilla, del abundante polen de ésta.

—¡Oh! ¡Qué bonita!—exclamó Arturo yendo á cogerla.

Ernestina, saliendo de su abismamiento, se abalanzó sobre el niño, exclamando:

—¡No, no! ¡No la coja V., señorito! ¡No la coja V. por Dios!

—¿Por qué?—replicó el muchacho con algún descontento.

—Cuando mi madre me llevaba por el campo á pedir limosna algunas veces á los labradores, me prohibía el coger las mariposas.

—Y ¿qué importa?

—Decíame que ellas son las almas de los que mueren, y que si uno las coge puede matarlas é impedirles que vuelen hasta el cielo.

Los dos hermanos se miraron.

Sus corazones inocentes se conmovieron al escuchar las frases de la muchachita, y Arturo dejó que la blanca mariposa volase á placer por el perfumado recinto del invernadero.

Ernestina cayó en cama al día siguiente.

En vano fué que el médico fijara toda su atención en curar á la pobre niña.

La infeliz sentía la nostalgia del recuerdo de su madre.

Quería unirse á ella, y al fin, una mañana, al besar un rayo del naciente sol su nacarada frente, lanzó el postrer suspiro rodeada de los dos hermanitos, que despojaron de flores el jardín para adornar el lecho de la que ellos llamaban siempre su amigueta.

Dos días después del entierro de Ernestina, Arturo y su hermana paseaban por el invernadero.

De pronto una mariposa blanca, como revoloteador ampo de nieve, penetró en el estrecho santuario de las flores.



La costura



—¡Qué linda!—exclamó María, tendiendo hacia ella sus brazos.

—¡No la cojas, María!—exclamó prontamente Arturo.

—¿Por qué?—preguntó la niña.

—Porque puede ser el alma de Ernestina.

La niña recordó la historia de su criadita, y, derramando una lágrima á su recuerdo, salió del invernadero con su hermano, dejando la puerta abierta para que la mariposa pudiese salir y elevarse hasta el diáfano y azul cielo.

LUIS DE VAL



## LOS NIÑOS DE LA GRAN BRETAÑA

**D**ECIDIDAMENTE, los niños de la Gran Bretaña deben considerarse como los más felices del mundo á juzgar por la cariñosa solicitud de que siempre son objeto por parte de sus madres ó nodrizas. Tal vez no haya en ningún otro país madres más cariñosas, y seguramente que, antes de nacer los niños, tendrán preparado con los más minuciosos detalles cuánto puedan necesitar durante el primer período de la vida.

Y no es el cariño solamente de la madre, sino también el de los hermanos, varones ó hembras, que desde luego profesan el mayor afecto á la criatura que viene á ocupar un lugar en la familia y que más tarde será la compañera de los niños. A la tierna criatura no se la llevará empaquetada en un cesto á espaldas de la madre, como se observa en algunos países, sobre todo en la India; ni se le oprimirá la cabeza, según se practica entre algunos pueblos salvajes; ni se le enseña á levantar la mano contra sus mayores; ni se la mata, como lo hacen algunos malayos cuando se hace un mal pronóstico respecto al recién nacido.

No: el niño inglés, lo mismo que el americano, se antepone á todo, y es objeto de las mayores atenciones por parte de todos los de la casa, que esperan con ansia el día en que la criatura podrá andar por su propio pie.

Bien se puede asegurar que en ninguna otra nación hay tan rica literatura dedicada exclusivamente á los niños, y por tal concepto los de hoy día son mucho más afortunados que los de otra época. No les faltan ahora libros de todas especies, llenos de ilustraciones, ó más bien de grabados, estampas y



láminas, y que contienen interesantes historias ó graciosos cuentos, expresamente escritos para la infancia.

Gracias á este sistema, el niño aprende muy pronto, y, seducido por el atractivo de las estampas y láminas, estudia con afán sus lecciones á fin de saber lo que representan aquéllas y á qué se refieren. Al mismo tiempo se le enseña á manejar la cuchara y el tenedor, aprende á comer como es debido, sin desparramar la comida, y sobre todo se le hace comprender que siempre ha de ser obediente á sus padres.

Más tarde llega el primer aniversario de su nacimiento, y entonces celébrase en su obsequio una fiesta casera en la que toman parte, no solamente los hermanos, sino también todos los amigos. El último nacido es entonces objeto de las mayores consideraciones, y aquel día es acaso el más feliz de su existencia.

Pronto pasan los años, y entonces comienza el estudio. Los niños no han de ser perezosos, y tanto hembras como varones deben ir á la escuela si no hay medios de instruirlos en casa. Los pobres no pueden disfrutar de este último beneficio. Los de las familias acomodadas suelen asistir á los colegios.

Las niñas que deseen ser útiles, ayudarán á sus madres en los quehaceres de la casa, aprendiendo al mismo tiempo á coser bien, á zurcir y á bordar. De este modo les será dado cuidarse de la ropa blanca y hacer cuanto es posible para aliviar los gastos de sus padres. En cambio se les conceden las horas necesarias de recreo, y no se les priva nunca de este último mientras cumplan con sus deberes. A los niños se les enseña á respetar á sus hermanas y á sus mayores y á proceder en sus actos con toda la cortesía propia de personas bien educadas.

Algunas fiestas del año son para los niños ingleses, lo mismo que en otros países, días de jolgorio y de esparcimiento, tales como la Navidad, las fiestas de Pascua, y el día de Año Nuevo.

Por la Pascua, lo mismo que en la Navidad, es costumbre enviar tarjetas á los niños, y también á los adultos; pero aquéllos son los que más reciben. Se les envían preciosas estampas, felicitaciones en verso y agradables sorpresas. Con estas tarjetas los niños pueden formar bonitos álbums para los que son pobres, y acostumbran regalárselos, practicando así una obra de caridad.

Los niños de la clase acomodada disfrutan de muchos días de campo en la estación favorable, ó van á la orilla del mar, donde pueden recrearse haciendo ligeras excursiones en botes. Los niños pobres se ven privados de todo esto y deben contentarse con que no les falte qué comer. Muchos de ellos no saben ni siquiera lo que es un juguete. Es preciso que comiencen á trabajar muy pronto para ayudar á sus padres. Apenas vuelven de la escuela, han de cuidar al niño ó hacer lo que más se necesite, y se les acostumbra á levantarse á las cinco ó las seis de la mañana.

En la Gran Bretaña hay miles y miles de niños que trabajan en las minas



y factorías; que no conocen ninguna de las comodidades de la vida, que jamás han visto juguetes ni libros, y de quienes se cuida muy poco. Vosotros, niños afortunados, los que podéis leer estas páginas, debéis recordar siempre el hecho, y tratar siempre con la mayor consideración á los que no se hallan tan favorecidos como vosotros.

El juguete favorito de la niña inglesa es su muñeca: quiere llevarla siempre consigo á todas partes, y cuidala casi tanto como si fuera una criatura, olvidando á veces uno de sus animales favoritos, que es el gato. Las niñas cuyos padres se hallan en buena situación, suelen tener preciosas casitas para sus muñecas, y es de ver la solicitud con que las limpian y adornan para enseñarlas á sus amigas.

Pero dejemos ya á las niñas con sus muñecas y á los chicos con sus pizarras, y trasladémonos al verano para ver cuáles son los principales recreos de la niñez, y también de los muchachos ya crecidos. El juego más común, el juego nacional por excelencia, es el *cricket* (juego del palo corvo). Es singular que pocas niñas inglesas, y ninguna extranjera, conozca este pasatiempo; y si exceptuamos Australia, rara vez se practica fuera de Inglaterra. Las niñas prefieren el volante, saltar una cuerda ó correr el aro. También aprenden pronto á dirigir un bote y á montar; pero no quieren jugar al *cricket*, y por regla general no le comprenden.

Mirad esos muchachos que llevan sostenido en los brazos á un compañero suyo después de haber alcanzado la victoria en el juego del *cricket* contra todos sus competidores. Decididamente va poseído de orgullo. Sin duda se cree un gran capitán, y ese triunfo le estimulará á lucirse en la primera ocasión.

En Inglaterra los diversos juegos tienen sus estaciones marcadas, y así es que jugar al *cricket* antes de la Pascua, ó dar principio á las regatas antes de que las organice la Universidad, sería una cosa inusitada.

La niña inglesa, entretanto, se educa cuidadosamente, aprendiendo todas las labores de su sexo. Primero asiste al colegio ó á la escuela, y después aprende cuánto es necesario bajo la dirección de buenos maestros. Desde la edad de diez años ó menos, hasta los diez y siete ó diez y ocho, la señorita inglesa tiene mucho que hacer y ocasiona cuantiosos gastos para su educación, sus trajes, sus diversiones, etc. Se la obliga ó mantenerse dentro de los límites del más estricto decoro; y al contrario de las americanas, á quienes pronto se permite el agradable trato con el otro sexo, la joven inglesa debe permanecer bajo la vigilancia de su madre hasta que se la presenta en sociedad y puede ya contraer matrimonio.

En cuanto á los muchachos, no hay tanta severidad para ellos, y son más libres en sus acciones.

(Se continuará)



## LORENZO EL PEREZOSO

*(Continuación)*

—¡Cómo!—exclamó Juan muy sorprendido.—¿Dónde habéis encontrado eso? Decídmelo, os lo suplico. ¿Sabéis dónde está el resto de mi dinero?

—Yo no sé nada de tu dinero ni sé de qué me hablas,—replicó la lechera.—Respóndeme á lo que te pregunto: ¿De dónde tienes tú esa moneda? Supongo no te la habrán dado.

Y se disponía á pegar al pobre muchacho cuando la señora llamó á Juan y creyó deber intervenir en la conversación para tratar de descifrar aquel enredo del penique.

—Sí, señora,—dijo la lechera cogiendo un cabo de su delantal.—Yo venía aquí por casualidad, porque mi Isabelita está mala. Traía, pues, la leche yo misma, porque mi Isabelita... ¿No conocéis á mi Isabelita?—dijo á la viuda Preston.—¿Á mi Isabelita que os sirve, á mi Isabelita infatigable?

—Lo creo así,—repuso la señora;—pero vamos al grano, á la moneda.

—Sí: verdad. Pues mientras yo venía aquí, y para ahorrarme camino seguí por el prado que veis allá abajo... No, de aquí no podéis verlo: acercaos y os lo enseñaré.

—Está bien: ya lo veo.

—Conozco el lugar,—añadió Juan con ansiedad.

—Pues bien: mientras iba yo por el prado, vi saltar por el vallado á dos chicos: el uno como tú,—dijo designando á Juan,—y me figuro que eras tú mismo; el otro era algo más crecido y de muy mala facha, porque á ese sí que le vi bien. Hubiera querido seguirles, pero andaban tan aprisa que me fué imposible. Por lo mismo me contenté con mirarlos y ver qué iban á hacer. Les vi entrar en el cercado de la Sra. Preston, ir al establo, tratar de abrir la puerta, y, como estaba cerrada con un cordel, sacaron un cuchillo y lo cortaron. ¿No tendríais un cuchillo para que yo os enseñara...?

En seguida, cuando el colono le hubo dado el suyo, añadió:

—Ahí, en el mango del cuchillo, se encontraba la moneda. Cayó en tierra, pero andaban tan ocupados los dos chicos que no hicieron atención. Abrieron la puerta y no tardaron en alejarse. Entonces es cuando me acerqué y vi con sorpresa esta moneda que mi marido me había dado y que yo había guardado largo tiempo. Y ahora ¿no me dirás cómo mi penique de plata se encontraba en el mango de tu cuchillo?

—No soy yo el que habéis visto. En cuanto á vuestro penique, lo reconozco: vuestro marido me lo dió, y no comprendo cómo podía encontrarse en otras manos que en las mías.

—Es que las dos buenas piezas lo han robado á la vez que vuestro dinero.

—¡Oh! ¡Qué rayo de luz!—respondió Juan.—Corramos tras ellos.

—Esperad,—interrumpió la señora;—mi criado irá en lugar vuestro, Juan, y montará á caballo para llegar más pronto.



—Que siga por la carretera y yo iré á campo traviesa,—dijo Truck,—y no tardaremos en atraparles.

Mientras ambos se ponían así en persecución de los ladrones, la señora



El vencedor

mandó llamar á su cochero y le ordenó trajese lo que le había encargado. Era un soberbio jaez que el cochero colocó sobre el lomo de Pie Ligero.

(Se concluirá)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: 38, principal. Ancha de San Bernardo, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA